

EN LA ORDENACION DE UN DIACONO Y DE UN SACERDOTE

Noviembre, 16 de 1991.

1. En esta tarde recibe el diaconado permanente PEDRO JOFRE y recibe el sacerdocio JUAN MANUEL RAMOS. Es una celebración de nuestra Iglesia en la cual se manifiesta esta diversidad que habla la carta a los Corintios que hemos escuchado. Caminos diferentes y vocaciones distintas que se complementan maravillosamente y es por esa razón que ha sido bueno dar la ordenación sacramental en forma simultánea. Tenemos una gran riqueza y, gracias a Dios, "en la casa del Padre, hay muchas moradas", como dice el Evangelio.

2. Esta tarde en las oraciones se habla de "imposición de manos"; de "la gracias del espíritu". Se habla de "consagración"; de "dejarse guiar por el Espíritu" al diácono se le pide que sea "hombre de buena fama" al sacerdote se le pide ser "pastor" y permanecer unido en Jesucristo, en "una vida según el espíritu".

Al presbitero se le llama a tener "espíritu de santidad". todos estos conceptos no son palabras vacías o que se deben decir. Responden a lo más profundo del deseo de la Iglesia que espera ver realizadas en estos dos hombres lo que significan las palabras.

3. Y quisiera insistir en el texto escogidos por ellos del capítulo 7 de San Mateo: "El que escucha mis palabras y las practica es como un hombre juicioso, que edificó su casa sobre la roca. Cayó la lluvia a torrentes, sopló el viento huracanado contra la casa, pero la casa, no se derrumbó, porque tenía los cimientos sobre la roca. En cambio, el que oye estas palabras sin ponerlas en práctica, es como el hombre necio que edificó su casa sobre la arena. Cayó la lluvia a torrentes, soplaron los vientos contra la casa hasta derrumbarla y la ruina fue grande".

Construyamos sobre Cristo la única piedra fundamental que nunca podrá destruirse. Vivan centrados "en el Señor" en su amor y confiar en la fuerza del fundamento que significa la persona de Jesús.

Para lograr que estos pilares del Señor se hagan realidad en sus vidas, les pido que sean transparentes y abiertos al Señor, a la vida, a los acontecimientos y a la Iglesia.

Los transparentes tienen las manos abiertas y receptivas. Tienen ojos que no pretenden dominar pero que logran llegar hasta el fondo de quienes los miran. Tienen un corazón puro y limpio porque no desean dominar ya que no hay ansias de poder.

El transparente vive en armonía con todos y así se entiende el texto bíblico del profeta Isaías: "el lobo morará con el cordero y el ternero con el león dormirán juntos. No harán daño, no causarán mal porque viven cerca de Dios". (Isaías 11. 6,9).

Quien se reconoce frágil y pecador, quien asume los dolores de los otros progresivamente se irá convirtiendo en un hombre transparente y vivirá con alegría. El sacerdote y el diácono necesitan ser transparentes y claros como el agua que baja de la montaña. El consagrado a Dios es un fruto de la Resurrección de Cristo y por lo tanto la transparencia debe ser una realidad adquirida, asumida y vivida en quienes han escogido este camino.

Si el agua se pone turbia pierde su belleza y su encanto, de igual manera si el sacerdote o el diácono no es claro y limpio de corazón ha perdido la transparencia y eso es un drama porque se ha perdido uno de los rasgos básicos del Cristo Resucitado.

Quién es transparente y claro sabe que "tener razón demasiado pronto es lo mismo que equivocarse". Eso lo hará humildes, sencillos y así podrán escuchar de verdad. Aprender a escuchar y a ver la voz de Dios en la naturaleza y en las palabras humanas, con los gestos, con los silencios, en los miedos no expresados, es demasiado importante y eso da la pureza del corazón cuando no hay prejuicios, ni mecanismos de defensas que impiden escuchar.

Sólo en esa transparencia se puede descubrir lo que significa el tesoro encontrado del Reino de Dios y lo que significa aceptar que lo único importante es construir el Reino de Dios y su Justicia.

Vivan en radicalidad la vocación que han recibido. Déjense expropiar por Dios porque Uds. son de Dios. El sacerdote necesita vivir en la exclusividad de un amor gratuito por el Señor y el diácono casado, con su esposa y sus hijos, debe formar una unidad afirmada en el Señor.

4. Les pido a todos orar con intensidad para que estos dos hombres vivan en los llamados del Sínodo, que tengan mentalidad misionera y de participación, que en sus vidas haya una renovación permanente y que sean signos vivientes del amor de Dios.

5. Entremos en el misterio de estas ordenaciones en las cuales pasa la gracia por la imposición de las manos y por la Iglesia a través del Obispo. Pidamos crecer en la fe en este amor de Dios que es mayor que nuestra debilidad y que todas nuestras limitaciones.

Conozcamos y creamos en el Amor de Dios. La Virgen María creyó en el amor de Dios y así sucedieron en Ella cosas maravillosas. Que Ella nos ayude a crecer en la fe y en el amor.

+ CARLOS GONZALEZ C.
Obispo de Talca